

Santa Bernardita de Lourdes

Conferencia en la parroquia de San Nicolás de Bilbao, ante las reliquias de la Santa

Buenas tardes y bienvenidos todos, en esta tarde de final del verano, en estos días aún cálidos de principios de septiembre. Quien les habla es Sor Blanca Alonso, religiosa Sierva de Jesús de la Caridad y postuladora en la causa del Siervo de Dios, Mariano José de Ibarguengoitia y Zuloaga, sacerdote de la diócesis de Bilbao y cofundador de las Siervas de Jesús, por lo que podría decir que me muevo entre la santidad.

“Si se conoce a Bernardita es imposible no enamorarse de ella y no pensar en el paraíso” son palabras de Vittorio Messori que hacemos nuestras las que hoy venimos convocados por la presencia de la reliquia de Santa Bernardita de Lourdes, que han empezado su peregrinación por 48 diócesis de nuestro país, hasta el 15 de diciembre, en este año jubilar por el 175º aniversario de su nacimiento.

¿Qué es lo que nos quiere decir hoy esta humilde y extraordinaria santa? Como el cielo, o como un espacio sin límites ni obstáculos: así fue Bernardita Soubirous para la Virgen. Fue su pedazo de cielo en la tierra, donde Ella pudo moverse en total libertad; con la santa de Lourdes, “la Señora” se sintió como si estuviera en casa. Bernardita es la pequeña analfabeta sobre cuyos hombros pesa toda la verdad de este acontecimiento sobrenatural. Todo lo que sabemos de las apariciones y del mensaje de Lourdes nos ha llegado por medio de ella.

Como ya se ha hecho un recorrido biográfico, ahora nos limitaremos a unos breves apuntes en los que resaltan rasgos de su santidad, y que dividimos en tres etapas: los años de su infancia, el tiempo de las apariciones y, por último, una vida “oculta” como religiosa de la Caridad de Nevers.

Bernardita nació el 7 de enero de 1844 en el seno de una familia pobre, como tantas del lugar, pero rica en amor y piedad, siendo bautizada dos días después en la parroquia local. Fue la mayor de nueve hermanos, de los que solo algunos sobrevivieron a los primeros años, donde la mortalidad infantil era muy alta. También Bernardita tenía la salud delicada, a causa de la desnutrición y del ambiente de la casa en la que vivían, que durante un tiempo fue una celda de la antigua prisión de Lourdes, que les cedió un familiar. Sufría de problemas de estómago y en otoño del 1855 contrajo el cólera, que diezaba la población, y a ella la dejó muy debilitada; más tarde fue el asma, propiciado por el clima. Pasaba los días cuidando a sus hermanos y realizando las tareas de la casa, ayudando en la taberna a su tía, y también como pastora, llevando al monte las ovejas de los vecinos. Se va forjando en ella una personalidad fuerte: es vivaz, espontánea y tenaz, pero sin cultura. Hasta los 16 años no aprendió a leer ni a escribir, aun así, estaba empeñada en recibir la primera comunión. Por las noches, después de largas horas de labor, la niña repetía las fórmulas del catecismo. El maestro le decía a sus padres: «Le cuesta retener de memoria el catecismo, porque no sabe leer; pero pone mucho empeño: es muy atenta y piadosa». Recibirá al Señor por primera vez el 13 de junio de 1858.

Y ahora nos remontamos unos meses antes, a aquel jueves, 11 de febrero de 1858: se había terminado la leña en la casa y Bernardita se ofreció a ir a recogerla, a la vera del torrente Gave, con su hermana y su amiga Juana. Las tres niñas descendieron hasta Massabielle. Según su relato, Bernardita oyó un fuerte rumor de viento, pero al volverse vio que todo estaba tranquilo y que los árboles no se habían movido; por segunda vez oyó el mismo rumor, entonces en el interior de la gruta vio a una «jovencita». Así lo narra ella misma: “En la abertura de una roca, llamada cueva de Massabielle, vi a una joven. Creyendo engañarme, me

restregué los ojos; pero alzándolos, vi de nuevo a la joven, que me sonreía y me hacía señas de que me acercase. La mujer vestía túnica blanca con un velo que le cubría la cabeza y llegaba hasta los pies, sobre cada uno de los cuales tenía una rosa amarilla, del mismo color que las cuentas de su rosario. El ceñidor de la túnica era azul. Tuve miedo. Después vi que la joven seguía sonriendo. Eché mano al bolsillo para coger el rosario que siempre llevo conmigo y se me cayó al suelo. Me temblaba la mano. Me arrodillé. Vi que la joven se santiguaba... Hice la señal de la cruz y recé con la joven... Mientras yo rezaba, ella iba pasando las cuentas del rosario. Terminado el rosario, me sonrió otra vez. Aquella Señora no me habló hasta la tercera vez”.

La joven, a quien Bernardita comienza a llamar Aquélla, y después Señora o pequeña Dama, se le presentaría 18 veces. En la tercera aparición, el 18 de febrero, Bernardita le preguntó su nombre. La Señora no se lo dijo de momento y le propuso una cita diaria durante quince días. Del 19 al 24 de febrero tuvieron lugar de las apariciones cuarta a octava. La Señora y Bernardita se hablaron en confidencia, mientras las autoridades acusaban a la pequeña joven de perturbar el orden público y la amenazaban con enviarla a la cárcel.

La aparición del 24 de febrero puso el acento en la necesidad de la plegaria y la penitencia.

Y el 25 de febrero tuvo lugar una de las apariciones más extrañas, ante la presencia de unas 350 personas que acudían al lugar de las apariciones. Según testificó Bernardita, luego de rezar el rosario la Señora le pidió que bebiera del agua del manantial y que comiera de las plantas silvestres que crecían allí. Ella interpretó que debía ir a tomar agua del cercano río Gave y hacia allá se dirigió. Pero la Señora le señaló con el dedo que escarbara en el suelo. Bernardita cavó en el suelo con las manos desnudas y ensució su rostro buscando beber donde solo había barro. Intentó «beber» tres veces, sin éxito. En el cuarto intento, las gotitas estaban más claras y ella las bebió. También comió trozos de algunas de las plantas del lugar. Cuando finalmente tornó hacia la muchedumbre que la observaba, su cara estaba manchada con fango, sin que se hubiera revelado manantial alguno. Esto causó mucho escepticismo y fue visto como locura por muchos de los presentes, que empezaron a gritar: «¡Es un fraude!» y «¡Está loca!», en tanto sus parientes, desconcertados, limpiaban la cara de la joven con un pañuelo.

Sin embargo, no tardó en brotar un manantial de agua que comenzó a fluir del hoyo fangoso cavado por Bernardita.

El martes 2 de marzo, “Aquella” pidió dos cosas a la vidente: que se hicieran procesiones a la gruta y se construyera allí mismo una capilla en su honor. Acompañada por dos de sus tías, Bernardita acudió con la petición al párroco, que no creía en visiones y milagros. Edificar una capilla... «Pero, ¿en honor de quién?» preguntaron los prelados a quienes Bernardita refirió el coloquio. La «Señora» le revelaría su identidad en su decimosexta aparición, el 25 de marzo, en términos que Bernardita, en su sencillez, no comprendió plenamente en un principio: «Yo soy la Inmaculada Concepción» le dijo en su dialecto. Sólo tres años antes, el de 8 de diciembre de 1854, el Papa Pío IX había definido el dogma de la «Inmaculada Concepción».

La revelación sucedió después de más de una hora, durante la cual tuvo lugar el segundo de los llamados «milagros del cirio». Bernadette sostenía un cirio encendido; durante la visión el cirio se consumió y la llama habría entrado en contacto directo con su piel por más de quince minutos, sin que produjera en ella ningún signo de dolor o daño tisular. Fueron testigos de ello numerosas personas, entre ellas el médico de la ciudad, quien tomó el tiempo y posteriormente lo documentó.

En la aparición, la Señora se presentó con las palabras «Yo soy la Inmaculada Concepción», frase que encuentra eco en el Evangelio de Juan, en el que Jesús se presenta con el nombre «Yo soy» (por ejemplo, Juan 8, 24.28.58; Juan 13, 19), al que a menudo completa con una cualidad de su persona y su misión: «Yo soy el pan de vida» (Juan 6, 35.48), «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8, 12); «Yo soy el buen pastor» (Juan 10, 11.14); «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11, 25); «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan 14, 6); «Yo soy la vida verdadera» (Juan 15, 1). Jesús se presenta como aquél en quien se realizan los bienes

esperados. En Lourdes, María se presenta como aquella «llena de gracia» en quien se realizaron las maravillas de Dios: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

Volvemos a Lourdes, donde se suceden los interrogatorios permanentes e incisivos de parte de diferentes autoridades civiles y eclesiásticas, que Bernardita sostuvo con una consistente actitud de calma, sin cambiar su historia ni su actitud, ni pretender tener un conocimiento más allá de lo dicho respecto a la visión descrita. Cuenta lo que ha visto con una decisión y una libertad asombrosos: “Estoy encargada de decírselo, no de hacérselo creer”. Los testigos afirman al escucharla: “La sinceridad de Bernardita es incontestable: no ha querido engañar”.

Bernardita es buscada y aclamada, pero ella no acepta regalos: “Quiero seguir pobre”. No bendice los rosarios que le presentan ni vende medallas. Y ante las imágenes a diez perras que la representan, exclama: “¡Diez perras, eso es lo que valgo!”. En esas condiciones, es difícil que pueda continuar con la vida normal en la celda de la cárcel que ocupaba la familia y el párroco y el alcalde acuerdan que Bernardita sea admitida como «enferma indigente» en el Hospicio de las Damas de la Caridad de Nevers, al que llega el 15 de julio de 1860: cuida a los enfermos y también busca su camino vocacional que culmina pidiendo el ingreso en las Hermanas de Nevers.

Ella dirá: “Mi misión en Lourdes ya ha terminado, he venido aquí para ocultarme”. Como Juan Bautista ante Jesús, debe desaparecer para hacer sitio a María.

En Lourdes era Bernardita, la vidente; en Nevers se convierte en la hermana María Bernarda, la santa.

Después de años de clausura, un día le propusieron a Bernardita volver durante un tiempo a su amada Lourdes. Rápidamente respondió: “No volveré nunca. Yo no soy importante, sólo la Señora es importante, por eso no quiero quitarle la luz a la Señora, ni siquiera por un día. Mi lugar está aquí, no entre la multitud”. Eso sí, iba todos los días en peregrinación espiritual.

Por eso, si tiene un sentido esta peregrinación de sus reliquias es para atraer toda la atención posible sobre la Virgen de Lourdes y su mensaje. Por lo demás, a Bernardita lo único que le gustaría es desaparecer.

A menudo se ha hablado de la severidad de sus superiores con ella, pero hay que comprender que Bernardita era un caso especial: había que apartarla de la curiosidad, protegerla y proteger la Congregación. Bernardita relata las apariciones a la comunidad, reunida al día siguiente de su llegada; luego ya no podrá hablar más sobre ello. La escena de su profesión religiosa se hizo famosa. Mientras que todas las novicias, después de la profesión, recibieron el crucifijo, el libro de las constituciones y la carta de obediencia, Bernardita no recibió nada. La madre Josefina dijo, explicándose: «No hace nada bien». Entre las monjas, Bernardita sufrió no sólo por su mala salud, sino también porque muchas de ellas no creían ni en sus visiones ni en sus dolencias. El obispo, inspirado, le encomienda “el trabajo de orar”. “Rece por los pecadores”, le había dicho la Señora. Y lo cumple.

Desde octubre de 1875, la historia de Bernardita se confunde con la historia de sus enfermedades. La joven María Bernarda cojeaba y fue reprendida varias veces. En diciembre de 1877 se vio obligada a guardar cama por dolores en una rodilla. En febrero de 1878 tuvo una recaída de asma y sufrió vómitos de sangre. A partir de diciembre de 1878 permaneció definitivamente en cama. La realidad era otra de la que suponía la madre superiora: Bernardita sufría de un tumor en su pierna, más concretamente, de tuberculosis ósea diagnosticada en último estudio, extremadamente dolorosa. No por ello había cejado en su trabajo: se había dedicado a ser enfermera y sacristana durante los nueve años que compartió con las hermanas de la Congregación, hasta que no pudo más por los agudos ataques de asma y la enfermedad que padecía.

Lo primero que la Virgen le dijo a Bernardita fue: “No te prometo hacerte feliz en este mundo, sino en el otro...”.

Y así fue. Bernardita pasó su vida en el dolor físico, pero no se quejó. Nunca buscó el dolor, pero sí lo aceptó y acogió. En una ocasión, en los últimos momentos de su vida, en los que le costaba tanto respirar, se le escapó decir: “Me gustaría que alguien me abriera el pecho para poder respirar mejor”. Se arrepintió inmediatamente porque pensó que se había quejado.

Otro día, que transcurrió por enésima vez en la enfermería, Bernardita dijo: “Mi oficio es estar enferma”. Ella vivió en la fe verdadera, es decir, aceptó siempre y voluntariamente todo lo que el Cielo le pedía.

En las largas noches de insomnio, uniéndose a las misas que se celebran en todo el mundo, se ofrece como una «crucificada viviente» en el enorme combate entre las tinieblas y la luz, asociada con María al misterio de la Redención y con los ojos fijos en el Crucifijo: “De ahí saco mi fuerza”.

Poco tiempo antes de morir, llegó un obispo que iba camino de Roma. Bernardita escribió una carta al Papa para que le enviara una bendición. “Mis armas son la oración y el sacrificio”, le dice. El obispo llevó la carta a Roma y, al regresar le trajo una especial bendición de León XIII y un crucifijo de plata que le enviaba de regalo; era el 15 de abril de 1879. Toda esa semana, Bernardita había sufrido mucho, por las llagas de decúbito. Al día siguiente, el 16 de abril de 1879, con apenas 35 años, murió a las 15:15 horas. Sus últimas palabras fueron: «La he visto otra vez... ¡Qué hermosa es! Madre, ruega por mí que soy pecadora».

El Santo Padre Pío XI la proclamó santa el 8 de diciembre de 1933, no por haber sido favorecida por las apariciones, sino por el modo en que respondió.

La petición de la Virgen María de Lourdes a Bernardita de que se construyera una capilla en el sitio de las apariciones dio lugar a la edificación del Santuario que hoy es uno de los lugares mundiales de peregrinación. Con una población de aproximadamente 15 000 habitantes, Lourdes recibe actualmente la visita de unos 8 000 000 de peregrinos al año.

En atención a la primera aparición de la Virgen María a Bernardita, se celebra el 11 de febrero la festividad de Nuestra Señora de Lourdes. En 1992, el papa Juan Pablo II instituyó ese día la celebración de la «Jornada Mundial del Enfermo».

A menudo se considera que Lourdes es un lugar de sanación física; sin embargo, en realidad la Virgen no habló nunca de “enfermos o enfermedades” del cuerpo...

La Virgen ha venido para ayudarnos a sanar en el espíritu. Lourdes, en su esencia, no es una clínica del cuerpo, sino una clínica del espíritu. La misma Bernardita no pidió nunca la curación física, sino que pedía sin cesar la de su alma. Pero, a la vez, también se verifican importantes curaciones físicas, concedida por el Cielo, prueba material de la veracidad de estas apariciones marianas, el sello de Dios, de su presencia y de que su Reino está en medio de nosotros. Además, en Lourdes está un comité médico internacional que de forma científica estudia los posibles casos de curación, de forma muy estricta: de los aproximadamente 7 000 casos registrados en expedientes, solo 67 han sido reconocidos oficialmente.

Como bien sabemos, muy pronto empiezan a acudir a Lourdes los peregrinos, y ríos de gente se acercan a pedir la curación a la Virgen, a beber agua de la fuente que brotó a la orilla del Gave, el lugar elegido por María. Y no tardó en llegar aquí, a nuestra tierra y en concreto a Bilbao la fama del lugar. En las crónicas de las Siervas de Jesús se recogen varias peregrinaciones a Lourdes de nuestra Santa Fundadora, M^a Josefa del Corazón de Jesús, gran amante de María, precisamente en su Inmaculada Concepción. Nos dicen las hermanas que el mayor regalo que podían hacerle cuando estaba en una comunidad cercana era llevarla a la gruta de Lourdes; allí Santa M^a Josefa pasaba el día en oración y en algún momento parecía

en éxtasis, en coloquio con la Señora. La última de las veces que estuvo, ya sintiendo las molestias de su enfermedad, comprendió que no volvería más, y se despidió de la Virgen con estas palabras: “Adiós, Madre mía, hasta que os vea en el cielo”.

Después de la celebración de la Eucaristía, las reliquias de Santa Bernardita pasarán la noche en la Casa Madre de las Siervas de Jesús, y mañana continuarán su camino hacia la diócesis de Santander. Vemos en ello cómo hoy es nuestra Santa Fundadora la que acoge en su Casa a Santa Bernardita, la vidente de la Virgen de Lourdes, que en nombre de la Señora devuelve la visita. Gracias, D. Mario Iceta, Obispo de Bilbao, y Hospitalidad de Lourdes de Vizcaya, por hacer posible este encuentro de gracia.

Lo que atrae de Lourdes es esta evidencia, que se impone: los planes de Dios no son los de los hombres. Pensemos en esto: cuando nosotros, los hombres, queremos anunciar algo verdaderamente importante, elegimos al personaje más cotizado, más conocido, con más títulos. Al contrario, Santa Bernardita Soubirous, una niña pobre e inculta, pero de entrega y fe incondicionales encarna en la historia de la humanidad un ejemplo vivo de aquellas palabras de Jesús: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (Mateo 11, 25). Cuando María ha querido hablarnos, ha elegido de verdad a la última entre los últimos: no había ninguna más inculta, más enferma, más pequeña, más ignorada, menos apreciada. Ella misma, en sus oraciones a la Virgen, dijo: “Si hubiera habido en la tierra una niña más ignorante y estúpida, Tú habrías elegido a esa”. Conociéndola de verdad, es imposible no enamorarse de ella: en Bernardita vive el Evangelio en estado puro. Es la más pobre, pero a la que se le da todo lo que importa. En Bernardita descubrimos la realización más radical del Evangelio.

Bernardita, mujer de fe sencilla, humilde y confiada, de corazón y ojos abiertos que contemplaron la belleza de María, elegida por la Señora para llevar al mundo su mensaje e introducirnos en el misterio de la redención. María Josefa, enamorada del Corazón de Jesús, fuente de la Vida, del que brotará un nuevo carisma en la Iglesia para curar, sanar y llevar consuelo a los que sufren: la fundación de las Siervas de Jesús, que hoy siguen siendo presencia de Dios en el mundo del dolor, contemplando el rostro del Crucificado en el enfermo.

Los Santos son los amigos fuertes de Dios y hoy ellas, de forma muy especial, están a nuestro lado, haciendo camino con nosotros, intercediendo, dándonos fuerza en la debilidad, consuelo en el dolor, compañía en la soledad y luz en nuestras luchas. ¡Rogad por nosotros!

Quiero terminar con las palabras del Santo Padre Francisco, el Papa de las periferias y de la Iglesia en salida dedica a María en la exhortación Gaudete et Exultate, sobre la llamada a la santidad: Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: “Dios te salve, María...”

*Sor Blanca Alonso Merayo, Sierva de Jesús de la Caridad
Iglesia de San Nicolás (Bilbao), 4 de septiembre de 2019.*